

DEL DIARIO DE

Domingo. En el vuelo de ida. El avión de Aeroméxico que cubre el trayecto Madrid-D.F. está lleno de escritores y académicos catalanes que van a demostrar que, si la selección de hockey sobre patines ganó el Mundial B, la selección cultural está dispuesta a ganar el campeonato iberoamericano de las letras, conocido también como Feria Internacional del Libro de Guadalajara, la primera del mundo en lengua española.

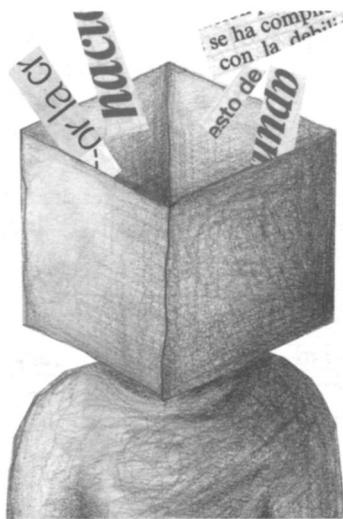
El avión recuerda un poco los vuelos del Barça cuando va a jugar –muy de vez en cuando– la final de la Champions League. Sólo nos faltaría ir a todo el equipo con el mismo chándal. Dicen que en Guadalajara estará el “*catalan cultural dream team*” al completo: 40 escritores y poetas, 80 profesores universitarios, y una inevitable veintena de políticos.

Me cruzo con la periodista Empar Moliner en un pasillo. Me propongo ir a tomar una copa en el bar del avión y acepto. Bebemos un poco de agua en un vaso de plástico, en la zona reservada para azafatas delante del baño. Me explica que no piensa dormir durante el viaje, porque hace varios días que tiene la misma pesadilla y no la quiere repetir. Sueña que todos los escritores de mala vida de la cosa catalana se van de copas por las cantinas más cafres de Guadalajara y, cuando está en la barra bebiendo el enésimo tequila, en estado de pseudo-devastación, gira la cabeza a su derecha y a su lado encuentra sentada a Isabel-Clara Simó.

Con Salvador Giner, mi cómplice para el viaje de ida, nos han sentado demasiado lejos como para tener todas las conversaciones que habíamos previsto para un vuelo de doce horas. Salvador viene y se queda de pie al lado de mi asiento, que da al pasillo. Los pasajeros de la fila posterior a la mía se quejan, porque el sociólogo no les deja ver la pantalla donde se proyecta una interesante película sobre dos tigres que parece ser que son hermanos. Salvador no se da por aludido. Privilegios de la cátedra.

Primero nos entregamos durante unos minutos al humor blanco, del que Giner es un auténtico especialista. Me

Toni Comín



explica que además de los aztecas y los toltecas, entre las etnias precolombinas ocupaban un lugar muy destacado las bibliotecas, los discotecas y los cartotecas. Nuestro humor, con esa ingenuidad digna de *La Codorniz*, no compensa a los pasajeros de la fila posterior, que siguen quejándose algo enfadados.

Viene Salvador a mi asiento y me pregunta si ya tengo los pasamontañas. Le digo que sí, pero que creo que no son negros. Me dice que da igual, que ya estamos a punto de sobrevolar la Selva Lacandona y que ha llegado el momento de arrojarse en paracaídas, por sorpresa, por la puerta de emergencia del avión y sumarse a las filas del Ejército Zapatista. Comentamos que puede que durante la caída haga mucho frío. Decidimos, y esto es lo que más nos satisface de toda la operación, que en el momento de tirarnos gritaremos a viva voz “¡Por *El Ciervo!*” y que durante el descenso lanzaremos al aire varios ejemplares de *Foc Nou* que llevamos en la cartera a modo de octavillas. Todo está preparado. El subcomandante Marcos ni imagina los refuerzos que están a punto de llegarle por aire, desde España.

Entramos en el autobús que nos tiene que llevar hasta la terminal. El aeropuerto de D.F. es inmenso y el viaje en

autobús bastante largo. Sentado al lado del ex presidente del Parlament, Joan Rigol, está el ex president de la Generalitat, Jordi Pujol. Aunque con los pelos un poco revueltos, tiene un aspecto excelente y parece estar de muy buen humor. Con Salvador vamos a saludarlo.

–President –inquiero yo– ¿esto de Guadalajara es mérito suyo, verdad?

–Bueno, sí, yo firmé el convenio hará un par de años.

–¿Y no le sabe mal que ahora lo capitalicemos nosotros, los de la izquierda, el president Maragall, el tripartito? ¿*Deu fer ràbia, no?*

–Mira Comín, no. No. No me sabe mal. No me sabe mal. *No fa ràbia*. La política es así: un presidente paga la obra, el siguiente la inaugura. Un presidente paga la carretera, el siguiente la inaugura. Un presidente paga la escuela, el siguiente la inaugura.

–Claro, claro –asiento yo.

–Bueno, ahora que lo pienso, yo las obras, las carreteras y las escuelas que he pagado diría que las he inaugurado todas yo mismo. Je, je.

Risas generales. Ovación y vuelta al ruedo.

Lunes. En la Feria de Guadalajara. Por la tarde hago mi primera intervención jalisqueña, en una mesa redonda. Me precede en la palabra mi amigo y colega de Departamento Angel Castiñeira. Le comento que el Departamento de Ciencias Sociales de Esade debe ser el mejor representado de toda la delegación catalana en Guadalajara. Para compensar tanta coincidencia, él hace una intervención en clave comunitarista-nacionalista y yo otra en clave federalista-ilustrada. El tema de la mesa redonda: “La ciudadanía, la identidad y la sociedad civil”.

Por la noche, concierto del joven cantante flamenco Miguel Poveda, catalán nacido en Badalona. Piel de gallina. Dicen que es el legítimo sucesor de Camarón. Versiona en plan de cante jondo un poema de Miquel Martí Pol y “No volveré a ser joven” de Jaime Gil de Biedma. A parte de su genio musical, tiene un ángel, un carisma natural, que lo hace completamente adorable. Durante el recital, pienso que debería ocupar, para nuestra generación, un

lugar similar al que en las generaciones anteriores ocuparon Llach, Serrat o Raimon. Debería ser uno de los “cantantes nacionales” de Cataluña.

Miercoles. Hago mi segunda intervención en el marco del programa académico de la Feria Internacional del Libro. Tema: “La globalización económica y el desarrollo de políticas públicas mundiales”. Hablo 45 minutos en una sala bastante llena de estudiantes de la Universidad de Guadalajara. Una de las cosas que más impacta de la Feria es que, más que editores, entre el medio millón de visitantes, la mayoría son jóvenes. La Universidad de Guadalajara es la fundadora de la Feria y se vuelca en el acontecimiento, año tras año, aportando un sinfín de actos académicos y miles de visitantes procedentes de sus aulas. A juzgar por el público, el pabellón de la Feria se parece más al Salón del cómic Manga que a la Feria de Frankfurt.

Nos vamos a comer con los dos Xaviers, Xavier Folch y Xavier Rubert de Ventós, a cual más encantador. Folch, el maestro de ceremonias de toda aquella feria, y nunca mejor dicho, en tanto que director del Institut Ramon Llull, está exultante pero, como siempre en él, sin perder las formas. Siendo muy mediterráneo por dentro, tiene este punto de elegante discreción por fuera que le da cierto aspecto inglés.

La Feria está saliendo que ni pintada: Cataluña está haciendo un papel extraordinario, estamos impactando a los mexicanos, según no paran de repetirnos, nos estamos proyectando en el mundo y está saliendo todo muy bien. Se nota en las caras de la delegación catalana y, sobre todo, de las chicas del Institut Ramon Llull, a cual más guapa, cuyas caras juntan un intenso cansancio con una indisimulada alegría.

Xavier nos explica que el truco de todo ha sido presentarse sin complejos, con ambición, como lo que somos, como una cultura de primera fila, no presentarse en clave de reivindicación, sino como una cultura europea con tanta tradición como las demás, tan sólida, tan moderna y cosmopolita como todas ellas. Realmente, el pabellón catalán, el espacio central de la Feria, es de un diseño y un buen gusto que enamora.

A mí me da por comparar aquél ambiente con el de los Juegos Olímpicos del 92: la sensación de que se trata de un acontecimiento irrepetible, de unos días mágicos en que todo es buen rollo, una ocasión única que está siendo aprovechada y en la que lo estamos haciendo muy bien.

Hoy otro concierto, de Lluís Llach. Este hombre tiene una sensibilidad y una fuerza, a partes iguales, que justifican la adoración que le tenemos los catalanes y los demás. Como está a miles de kilómetros de Cataluña, se permite el lujo de tocar todas “las de siempre”: “L'estaca”, “Abril 74”, “El jorn dels miserables”, “La casa que vull”, “Vinyes verdes”, etc. Tengo la sensación de que he vuelto al año 79. Un señor, exiliado catalán en Jalisco desde hace mucho más de cuarenta años, le suplica a grito pelado: “Lluís, per favor, ‘La Gallineta’”. Pero no hay manera. Llach se hace el sordo y los gritos del señor, con un crescendo de desesperación aumentan de volumen. Como lo tengo pegado a mi nuca, le pido que no me deje sordo.

A la salida comentamos la jugada con Josep-Lluís Carod Rovira. Parece estar de excelente humor, muy relajado. En Guadalajara los políticos están todos de buen rollo, la mar de encantadores. Pienso, aunque no lo digo, que los políticos catalanes deberíamos ir a Guadalajara más a menudo. Me comenta que ERC es el partido político de la Cataluña de hoy que más se parece al PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya) de los años setenta. ¿Por qué

será que me dice esto a mí? Dice que ERC está lleno de ex *psuqueros*, y que como el PSUC de entonces, agrupa a muchos mundos distintos. Reconoce que esta es su mayor fuerza, porque le permite crecer, pero también su mayor debilidad, porque como el PSUC de entonces corre el riesgo de estallar en varios pedazos.

Jueves, a las dos. Vamos con Xavier Rubert a Catalunya Radio, en plena luz del día, con esa extraña sensación de saber que los oyentes te están escuchando a las nueve de la noche. Intentamos poner esta voz íntima que corresponde a los programas de radio nocturnos. Xavier, cuando se inspira, es tan brillante que me quedo mudo, extasiado.

A las tres salgo para el aeropuerto, de vuelta a casa. Decidimos acabar mis días jalisqueños en el BarCells, el stand de la agente literaria Carmen Balcells, que no ha podido ir a la FIL, pero que ha convertido su stand en un bar donde se hacen los mejores tequilas de Guadalajara, para que sus amigos Carlos Fuentes, Juan Goytisolo y Gabriel García Márquez puedan ir a refrescarse y charlar durante los momentos perdidos de la Feria. Realmente el BarCells tiene un estilo que sólo puede proceder de aquella Barcelona literaria, puente entre Europa y América Latina, de los años setenta, llena de editores románticos y algo bohemios y de futuros novelistas de éxito.

Por el camino, nos encontramos con una de las chicas del Institut Ramon Llull, acompañada de un importante periodista mexicano. En cuanto ve a Xavier, lo coge del brazo y lo presenta: “Y éste es nuestro filósofo más importante”. La solemnidad con que lo hace es tal que sólo le falta un saludo militar. La situación tiene algo de cómica. Xavier y yo tenemos ganas de estallar en carcajadas, pero nos reprimimos. Al contrario, Rubert, que es un profesional, se pone automáticamente en el papel de “filósofo nacional” y le resume, mientras caminamos rodeados de stands, estudiantes y muchos libros, millones y millones de libros, su teoría de la hispanidad, de Dios, de la vida y de otros inconvenientes.

¡Viva la cultura catalana! ¡Vivan sus amigos! □

Toni Comín es profesor de ciencias sociales de Esade y diputado del PSC-Ciutadans pel Canvi en el Parlament de Catalunya

